



BRUJAS

CUALQUIER TIEMPO PASADO

TEXTO Y FOTOS: RAFAEL CHIRBES

UN FAMOSO ESCRITOR LA LLAMÓ "BRUJAS LA MUERTA". SE REFERÍA, SIN DUDA, A LA EXQUISITA BELLEZA EMBALSAMADA, O CONGELADA, QUE OFRECE HOY LA ANTAÑO PODEROSA CIUDAD COMERCIAL A SUS VISITANTES



El viajero contempló fascinado los cuadros de Memling en el Museo del antiguo hospital de Saint Jean, los rostros delicados que reclamaban de él una pureza añorada, y que le devolvían un tiempo feliz e inexistente que, sin embargo, a la vez, estaba en él y lo rodeaba. Luego, en el museo Groeninge, ante los cuadros de Van Eyck y Van des Goes, volvió a sentir esa fascinación que parece que se exige de cada viaje, y que lo justifica. Las salas del museo, pequeñas y cuidadas, estaban vacías y en las paredes colgaban aquellos trípticos maravillosos y toda la hermosura equilibrada de la ciudad y de la geografía parecía recogerse allí dentro, en lo expuesto, y también en la manera sencilla, limpia y discreta en que se exponía.

En todo viaje que merece la pena, hay un momento en el que el viajero se encuentra misteriosamente a gusto con el paisaje que recorre, un instante de fascinación en el que se justifica el esfuerzo que exige cualquier desplazamiento y la disciplina de compartir tierra, lengua y costumbres ajenas: es una fascinación que tiene poco que ver con la belleza de los monumentos, o con la desmesura de los paisajes. Remite a un sentimiento más íntimo, que hace que se reconozca lo visitado como algo ajeno, pero que nos permite conocer mejor lo propio. Esta vez, al viajero le llegó el buscado instante de fascinación ante aquellas hermosas tablas coloreadas. Ahí se abrió a la ciudad y tuvo la sensación de que la ciudad se le entregaba a él.

Los días anteriores se había limitado a descubrir la tímida belleza de Brujas -que no es poca cosa-, sus canales silenciosos, sus callejuelas que durante el día invaden los turistas y, al atardecer, se quedan vacías, como si quisieran entregarse en exclusiva al que se queda a acompañarla durante la noche: los muros, puentes, torretas, los puntiagudos tejados en escalera asomándose a las aguas tranquilas de los canales, las estatuas doradas que flotan sobre los edificios, los árboles que se inclinan junto al agua, y el zumbido de las bicicletas y los timbrados, que llegan en el crepúsculo desde lejos, como batir de alas en un vuelo de aves.

Rodenbach llamó a Brujas, en su novela, "Brujas la muerta". Y al viajero le había parecido la ciudad algo así como un hermoso cadáver perfectamente embalsamado, que las oleadas de turistas violaban cada mañana y dejaban dormir en paz su sueño cada noche. En cuanto empieza a clarear el día, las caleas se agrupan en la plaza del Bourg y los ruidosos y rubios grupos de euroníños cruzan los puentes buscando el corazón de esta bella durmiente, y los eurojubilados penetran en los alvéolos de sus museos de pintura, de encajes de bolillos o de elaboración de cerveza. La ciudad se despliega como una lámina del juego de la oca, abre sus cafés y casas de comidas, sus tiendas de bombones y de muñecas, y los euroturistas saltan como fichas que manejara un todopoderoso jugador de casilla en casilla, y trepan por las em-



pinadas escaleras del Beffroi -la vieja torre fortaleza-, para tener la vista completa del tablero, o se deslizan en barca por las venas de los canales, o se detienen -como se detuvo aquel día el viajero- ante los delicados cuadros de Memling, y luego, al atardecer, abandonan el juego, y el tablero se queda vacío, expuesto sólo a la frágil luz de las farolas y al silbido que emiten al girar sobre la piedra las ruedas de las bicicletas.

Hay un amigo del viajero que piensa que sólo las ciudades destruidas tienen verdadera historia y que cuanto nos queda del pasado son las páginas perdidas que el cambio en las tendencias de la vida del mundo se olvidó de barrer: Atenas, Denia, o Alejandría

A pesar de haber perdido notables edificios históricos, la ciudad de Brujas conserva una gran belleza, que puede admirarse en la arquitectura religiosa, en las pequeñas plazas ocupadas por cervecerías o en las fachadas que se reflejan en los canales.



-en general, todas las ciudades del Mediterráneo- son escombreras en las que cada tiempo ha demolido lo que el tiempo inmediatamente precedente construyó a costa de otra demolición previa. El amigo del viajero desconfía de las ciudades monumentales, e incluso de las ciudades que conservan sus monumentos. Piensa que esos lugares hace siglos que fueron abandonados por la historia y la pasión.

Brujas nació como activa ciudad -al parecer- en el siglo VIII y fue deslumbrante entre el XII y el XVI, y luego murió y se quedó ahí tendida, como una página delicadamente iluminada de la historia que hubiera sido arrancada del volumen al que perteneció. Brujas fue el lugar de encuentro entre las activas islas británicas y el sur; entre las sombrías zonas del norte de Europa, y el soleado mediodía: en su puerto desembocaban los caminos que marcaron la Edad Media, los que a través de Venecia, Génova y Florencia, activando las ferias de Borgoña y Champaña, traían las mercancías del lejano Oriente, su perfume de especias, su brillo de metales y tejidos preciosos. Las casas de Brujas alojaban consulados, hostales, tabernas, prostíbulos, conventos, fábricas o baños.

Durante siglos, a través del canal -Zwijn- que la unía con el cercano Mar del Norte, de cuyas aguas la protegían los polders, Brujas controló el gran comercio europeo, y a su mercado central, en la Grand Place donde hoy los jubilados y los niños de Europa consumen salchichas y patatas fritas, llegaban cientos de barcos cada día, y por su posesión se enfrentaron ingleses, alemanes, flamencos, franceses, y nobles de diversos territorios, y en sus calles luchaban por el poder los grandes comerciantes con los humildes obreros de los batanes, con tejedores y tintoreros que tenían "les ongles bleus", las uñas azules, como rasgo definidor de su pobreza y de su orgullo.

Un viajero inglés llamado Platter, que la visitó cuando ya había empezado a decaer, a finales del siglo XVI, decía de ella: "Los habitantes de Brujas son más amigables, más educados y más artistas y alegres que las demás gentes de Flandes... y poseen... un especial refinamiento en los modales, y benevolencia en la recepción y el uso de las ideas extranjeras". En sus notas de viaje, Platter alabó también la elegancia y cuidado en el vestir de sus gentes -como no podía ser menos en una región dedicada al textil, tal y

como muestran los cuadros de los primitivos flamencos-, hasta el punto que, al parecer, cuando una reina de Francia llegó a la ciudad, descubrió que en las calles de Brujas había otras muchas reinas que competían con ella al menos en la nobleza del porte y las vestimentas. "Creía que iba a ser aquí la única reina, pero Brujas está llena de reinas", dijo, por lo visto.

Y cuenta también Potter que a Brujas acudía gente de todas partes para aprender modales, y que los habitantes tenían unas voces tan flexibles y delicadas que podían aprender toda clase de lenguas más rápidamente y mejor que los demás. Había incluso escuelas para que los hijos de los pobres pudieran cultivarse y aprender modales gratuitamente.

A otro viajero -éste, un español llamado Tafur- que visitó la ciudad de regreso de Constantinopla, Brujas le pareció más rica que Venecia, porque en Venecia sólo vivían los comerciantes locales, mientras que a Brujas -además de las mercancías de otros países- llegaban mercaderes de Inglaterra y Alemania, de Brabante, Holanda, Zelanda, Borgoña, Picardía, y de la mayor parte de las regiones de Francia. Tafur contempló fascinado en los muelles de Brujas las naranjas y

limones que procedían de Castilla y que estaban tan frescos, que le parecieron recién cogidos de los árboles, y los frutos y vinos de Grecia, y también los tejidos y especias de Alejandría y de todo el Levante.

Vio allí las pieles que venían del Mar Negro, y todos los productos de Italia: sedas, brocados, armaduras.

Genoveses y florentinos controlaban buena parte de las actividades financieras de la ciudad, y en el viejo mercado, en el lugar que hoy ocupa la Grand Place, al pie de la alta torre defensiva del Beffroi, se vendían todos los productos que una imaginación de su tiempo podía nombrar. En la llamada Rue des Laines, se vendían las lanas inglesas que se mezclaban con las españolas para ser tejidas. Ilustradores y vendedores de libros instalaban sus puestos en el claustro de San Donatien y turcos y armenios gozaban de privilegios especiales y vendían sus preciadas alfombras a la puerta.

En un manuscrito del siglo XIII, de la Biblioteca de París, se describe la ciudad en parecidos términos; de Inglaterra llegaban la lana, el cuero, el estaño y el queso; de Escocia e Irlanda llegaban pieles y lana; de Noruega, cuernos y tallas de hueso, mantequi-

Pasear sus callejuelas flanqueadas por las hermosas casas de tejados escalonados, recorrer la orilla de sus canales de día o de noche es la primera obligación y el más evidente placer de cualquier visitante de Brujas.



lla, pieles de cabra; de Dinamarca, cerdos; de Rusia, pieles y cera; de Alemania, los vinos del Rin y también pieles, hierro y objetos de forja; de España procedían el azafrán, el mercurio, los higos, uvas y olivas; de Fez, cera, tejidos y pieles; de Marruecos, comino, azúcar y drogas; de Egipto, pimienta y otras muchas especias; de Tartaria, telas de oro sedas y pieles.

En el siglo XV, los textos hablan de que en los muelles de Brujas se encontraban perfumes de Damasco, esponjas, naranjas, limones, aceitunas y todo tipo de pájaros exóticos y de extrañas bestias salvajes: monos, osos, leones, marmotas, halcones, papagayos... Luego, a finales del XVI, la ciudad empezó a dormirse lentamente. Quizá los barcos dispuestos para las grandes travesías trasatlánticas habían aumentado de calado y se adaptaban mal a los canales de Brujas, o quizá los canales se cegaron, aunque más bien, de cegarse los canales hubiera sido como consecuencia de falta de obras de drenaje por desinterés de los comerciantes.

La verdad es que el descubrimiento de América y el afianzamiento de las rutas orientales habían alterado el flujo de las mercancías y cambiado los hábitos de trafi-



Las opulentas construcciones civiles recuerdan al viajero la época en que la ciudad era un nudo de las principales rutas comerciales del Viejo Continente. De la época quedan magníficas colecciones de pintura en los museos y tradiciones como las labores de encaje.

cantes y banqueros. El corazón de Europa -abatido por las guerras- ya no era el corazón del mundo, que ahora miraba hacia otras riquezas infinitamente mayores. Amberes sustituyó a Brujas y la ciudad se quedó así, como un encaje de piedra, ajena a cuanto ocurría en el planeta. A principios de siglo, queriendo volver a ocupar su lugar, Brujas creó el antepuerto de Zeebrugge, un gigantesco tinglado comercial a mar abierto, situado a una quincena de kilómetros de la ciudad histórica. Todo era ya diferente.

Hoy, los viajeros pasean por los alvéolos de ese encaje que es la vieja ciudad y buscan lo mejor de sí mismos entre los tejados en escalera que se reflejan sobre los canales. Buscan sus sueños en esta ciudad que está callada y que les permite hablar a ellos solos, una ciudad que ha establecido la alegre cotidianidad del turismo como remedo de su pasado. Brujas es alegre. Las terrazas de bares y restaurantes se suceden, los camareros atienden cuidadosamente a los clientes y los euroestudiantes encuentran motivos para enamorarse por primera vez en el ruido de sus braserías y en el silencio de sus calles empedradas. Esa agitación parece remedo de la que vivió hace quinientos años. Pero





Brujas es hoy un espejo de lo que Europa quiere ser en su publicidad institucional. Un juguete manejable, rubio y civilizado.

En la melancolía de ese juguete rubio y civilizado pensó el viajero largos ratos durante su estancia en Brujas, participando quizá de la misma tristeza que llevó allí a su paisano Luis Vives, que huía de la intransigencia y la sequedad de la península ibérica. Vives buscaba librarse del peso de su sangre judía y añoraba la inteligencia de Erasmo y Tomas Moro. El viajero se sentó frente al busto que la ciudad ha dedicado al pensador valenciano, y que está cerca de las terribles estatuas de los cuatro jinetes del apocalipsis, que se levantan en el mismo jardín, junto a las piedras centenarias y el agua. Sintió nostalgia por los dos, por esa tierra del sur, pobre y sucia, que diría Espriu, a pesar de tanta europublicidad, que sin embargo, no consigue acabar con la sequía.

Pensaba el viajero en todas esas cosas allí, y también en el trayecto que hizo en barco por el canal que lleva a la cercana Damme, cuatro o cinco kilómetros aguas abajo, que fue otro antiguo puerto de Brujas también conservado sólo para el recuerdo. Era dulce el verano europeo, con las cabezas lavadas con buenos champúes de toda aquella gente que paseaba en la tarde soleada, con las bicicletas que corrían junto al canal, y las casas pequeñas y cuidadas, y los álamos, y los caballos relucientes, y los cultivos esmerados y los niños que se bañaban y los pescadores que buscaban la sombra en aquella tarde azul.

El viajero pensaba que el verano europeo es dulce, aunque dure pocos días. Y se acordaba de "Summertime", esa canción de cuna de los negros de Gershwin: "En verano, la vida es fácil, los peces están saltando, el algodón está alto y tu padre es rico. No llores, niño, no llores". Y bajo las aspas del viejo molino que hay a la orilla del canal de Damme, entendió que bajo el absurdo de toda aquella agitación de euroturistas seguramente latía una búsqueda parecida a la que lo empujaba a él, a la que empujó a Vives, una necesidad de belleza que estaba en todos ellos y que el tiempo y las circunstancias no dejaban aflorar, y que la ciudad les mostraba generosa hasta el exceso. Aquellas torretas, tejadillos, estatuas doradas, árboles y canales que reflejaban el paso de nubes en el cielo eran piezas de un rompecabezas que todos -también los euroturistas- querían completar, porque su dibujo era la clave que necesitaban para encontrar el sentido de sus vidas a la deriva. Sólo le faltaba ya al viajero acordarse de que Itaca es nada más que el viaje. Y la belleza está en el acto de buscar. ■

El viajero inglés Plotter elogió el carácter refinado de las gentes de la ciudad y su buen gusto y pulcritud a la hora de vestir. Brujas ha conservado con exquisito cuidado hasta el último elemento decorativo de su entramado urbano.



En la puerta de un local de comidas.



Escaparate de una tienda de encajes.



Puesto de venta en un mercado callejero.

CÓMO LLEGAR

Iberia y Sabena vuelan a Bruselas. Desde el aeropuerto de la capital belga, el viaje puede hacerse cómodamente en tren. Se coge dirección Ostende en el transbordo de la Gare Central de Bruselas. Hay trenes continuamente y son cómodos y muy rápidos.

DÓNDE HOSPEDARSE

Brujas cuenta con casi un centenar de hoteles. El Sofitel o el Inn Crowne Plaza, situado en un edificio en pleno Burg, están entre los más conocidos. Sin embargo, la mayoría de los hoteles de Brujas están instalados en pequeñas y antiguas edificaciones, junto a los canales, y tienen unas pocas habitaciones. De ese estilo son, por ejemplo Der Tuilerieën, Relais Oud Huis Amsterdam, Die Swaene, De Orangerie, de' Medici, Portinari, o Jan Britto.

DÓNDE COMER

La ciudad de Brujas es un inmenso comedor. En los cientos de terrazas instaladas en la calle, en locales cerrados, o en pequeños jardines interiores, en los bancos, en las escaleras, en los portales. Los turistas que invaden la ciudad comen en cualquier lugar. Resulta frecuente verlos con paquetes de "frites", la sencilla patata frita, cuya popularidad se disputan belgas y franceses. Abundan los restaurantes de pescado "Vis restaurant" por todas partes, en donde se preparan los waterzooi de peces, las flamencas croquetes de gambas y las "moulades" o mejillónadas: es el caso de Visscherie, Piter Pourbus o Mosselkelder. Muchos de los restaurantes están instalados en viejas mansiones o tienen hermosas vistas: Duc de Bourgogne, Vasquez, 't Bourgoensche Cruyce. Pero, en general, la ciudad está demasiado dedicada al turismo para atender una cocina elevada. De Karmeliet, el mejor restaurante de Brujas, con dos estrellas Michelin, y De Snippe y Hermitage, con una, componen seguramente las más gloriosas excepciones. Chez Olivier empieza a destacar. Y, entre las brasseries, Raymond, junto a los antiguos halles, prepara con esmero platos flamencos: croquette crevette, anguille au vert o cabillaud à la flamande. Hay cocina regio-



De Karmeliet es el mejor restaurante. El señor Van Hacke es su chef y propietario.



El hotel Medici, el propietario de la brasserie Raymond y una tienda de golosinas.



El señor Huysentruyt y su restaurante De Snippe, con un pequeño y refinado hotel.

nal en lugares como Voske-Malper-tuus o Watermolen. Y es muy apre-ciado De Vissechere, un restaurante de pescados en el Vismarket.

OTRAS COSAS

Abundan las cervecerías que ofrecen decenas - y hasta centenares - de etiquetas. Es el caso de Den Deyver, donde además se cocina a la cerveza, Brugs Beerje, Straffe Hendrik, Erasmus, o Staminee de Garre. La más antigua es Vlissinghe (data de 1515). También - como puede suponer el lector - hay casi un centenar de chocolaterías y pastelerías. Algunas como la excelente Cocolate Line, o como Suckerbuyc, y al menos una decena más, están regidas por artesanos que elaboran sus propios chocolates. Otras chocolaterías son De Pla, Timmerman, o Venden Eynde.

QUÉ VISITAR

La ciudad es de una enorme belleza y, a pesar de que el paso del tiempo se ha llevado algunos edificios históricos notables, lo que ha quedado está perfectamente conservado, cuidado hasta el mimo, de modo que el turista no se entera de la existencia de zonas modernas o industriales en los alrededores. Pasear por su callejuelas limitadas por las hermosas y antiguas casas de tejados escalonados, recorrer la orilla de sus canales de día o de noche es la primera obligación y el más evidente placer de cualquier visitante. Las dos grandes plazas -Burg, con el Ayuntamiento y su salón gótico, con sus palacios y la basilica románica de la Santa Sangre- y el Markt - Plaza del Mercado, con su torre fortaleza (Beffroi)- son los dos centros neurálgicos.

La Iglesia de Nôtre Dame, de gran belleza gótica, con su inmensa



torre, y la estatua de la Virgen con el niño, de Miguel Angel; las de Saint Jacques, Sainte Anne o Sainte Walburge, el Hospital de Saint Jean, con el estupendo museo Memling; y el museo Groeninge, con los cuadros de primitivos flamencos, Van Eyk, o el Bosco. Existe también un museo del encaje (Kantcentrum) y otro de la cerveza.

COMER Y BEBER EN BRUJAS

Incluso los más enamorados de la ciudad coinciden en que no existe una verdadera cocina de Brujas. El Mar del Norte es rico en platijas, lenguados, rodaballos, bacalao frescos y gambas grises, que dan pie a una cocina de pescados. Abundan los "Vis restaurant", o restaurantes de pescado, y con las gambas se preparan unas peculiares y crujientes croquetas y también tortillas. El succulento cocido o "Waterzooi", que en otras partes de Bélgica se prepara a base de carne de aves y verduras, se permite una agradable variante a base de pescados en la comarca. También pueden degustarse los platos flamencos más típicos: las morcillas con puré de manzana, las "carbonades", o guisos de carne con cerveza, o los sólidos ho-

chepots invernales, en los que las carnes de cerdo y vacuno se adornan con tubérculos y verduras.

Los amantes de la cerveza, en cambio, pueden encontrarse con toda la soberbia variedad de cervezas belgas en las numerosas braserías de la ciudad. Entre las más populares que se elaboran en Flandes, están la Rodenbach, de un rojo oscuro, y que se encuentra en su variante de barril en casi todas las barras, la Bacchus, menos fuerte, y las más claras: Duvel, Blanche de Hoegaerden, Gouden Carolus, Lucifer, Judas, y otras, como las Gueuze, que suelen mezclarse con siropes de granadina, grosella u otros sabores. Las dos cervezas más conocidas que se elaboran en la ciudad de Brujas son la Straffe Hendrik (el Fuerte Enrique), oscura y de alto grado, y la Brugs Tarwerbier (Cerveza blanca de Brujas), más ligera. Abundan los aguardientes de frutas y las ginebras en los bares y, también, sin duda fruto del contacto con las islas, los mejores whiskies de malta.

También los amantes de la repostería y de los chocolates pueden sentirse a gusto en esta ciudad. Dulces y crujientes puntillas y nudos de Brujas, delicados bombones y pralinés se degustan y venden por todas partes.



Javana, una excelente tienda de cafés y tés.